

La Honestidad

Era una fría noche de viernes, acompañado de una leve llovizna, raro, porque horas antes la ciudad se encontraba bajo el incandescente resplandor del sol; aunque ya es algo normal para los quiteños soportar un clima tan bipolar. Juan, se encontraba aún en su oficina, terminando el papeleo que su jefe, Carlos, malhumorado, le había dejado diez minutos antes que terminara la jornada laboral. Siempre era así, ya no soportaba el trato que le brindaba el presidente de aquella empresa de calzado, tan reconocido en Quito y sus alrededores, donde siempre había soñado trabajar.

Juan no era tonto, pudo darse cuenta que el trato de Carlos, muchas veces fuera de tono, era exclusivamente con él, a nadie más en la oficina trataba así. En ese momento de coraje, recordó algo que solo él sabía; el jefe guardaba en su oficina, en el cajón inferior del lado izquierdo, unos billetes de sucres, muy importantes para él, ya que representaban parte de su primer sueldo, los conservaba aún porque sentía que eso le daba suerte y ayudaba a que la empresa tenga prosperidad y siga creciendo. Y así fue como a Juan se le ocurrió la brillante idea de robarlos, pensaba que después de recibir un trato no muy bueno por parte de su jefe, debía hacerlo, y lo hizo.

Llego el lunes, y Carlos, con la actitud de siempre llegó al edificio, recorrió el camino de siempre y entró en su oficina, repitiendo la rutina de cada mañana al ser el primero en llegar, se preparó su taza de café caliente, con 5 cucharaditas de azúcar, como a él le gusta, se sentó frente a su computador y abrió el cajón inferior del lado izquierdo, introdujo su mano para sentir, como cada día, los sucres maltratados y empezó inspirado una nueva jornada, pero al hacerlo no sentía nada, jugaba con su mano y no lograba encontrar los billetes. Moviéndose hasta el último alfiler de su lugar de trabajo y no halló nada. Angustiado lo único que pudo hacer es sentarse a llorar, tal vez suene exagerado, pero para él eso representaba esfuerzo, recuerdos junto a sus padres, a quienes invitó a comer unos helados de paila cerca de su hogar de infancia; esos billetes representaban el último recuerdo de sus progenitores.

Juan llegó a la oficina, a las 8:00 AM, la hora de siempre, y se encontró con Carlos llorando, siendo consolado por su secretaria, preocupado entró y preguntó qué había sucedido. Su jefe, entre lágrimas le pidió amablemente a su secretaria que abandonara la oficina y lo dejara solo con su empleado. Fue allí cuando, con un tono de decepción, le dijo que después de trabajar casi un año en la oficina aún se había dado cuenta de las cámaras que apuntaban al lugar del robo. Sorprendido y asustado, no supo cómo responder, pero Carlos, con la tristeza que sentía le dijo: "Hoy no solo has perdido tu trabajo, por tu acto deshonesto perdiste la confianza de tu padre". Pues Juan iba a ser quien reemplazaría a su padre, como presidente de la empresa en pocos meses, y el trato que recibía era solo por prepararlo y formar su carácter para que fuera un buen líder.